

### El Gran Gatsby: extracto del capítulo 3

Instrucciones para “por qué resaltamos”: Resalta, en dos colores diferentes, elementos de 1) atmósfera y 2) tono. ANOTA en los márgenes qué ambiente y actitudes se transmiten en tus palabras y frases resaltadas.

Durante las noches de verano, había música en la casa de mi vecino. En sus jardines azules, hombres y chicas iban y venían como polillas entre los susurros y el champán y las estrellas. En las tarde, cuando la marea estaba alta, veía a sus invitados zambullirse desde la torre de su plataforma flotante, o tomar sol en la arena caliente de su playa mientras sus dos lanchas a motor surcaban las aguas del estrecho, arrastrando esquiadores acuáticos sobre cataratas de espuma. Los fines de semana, su Rolls-Royce se convertía en un ómnibus que llevaba y traía grupos de la ciudad entre las nueve de la mañana y hasta pasada la medianoche, mientras su camioneta corría como un veloz bicho amarillo al encuentro de todos los trenes. Y los lunes, ocho sirvientes, incluido un jardinero adicional, trabajaban todo el día con trapeadores y cepillos, martillos y tijeras de jardín, reparando los estragos de la noche anterior.

Cada viernes llegaban cinco cajones de naranjas y limones de un frutero de Nueva York, y cada lunes esas mismas naranjas y limones salían por la puerta trasera en una pirámide de mitades sin pulpa. Había una máquina en la cocina que podía extraer el zumo de doscientas naranjas en media hora si el pulgar de un mayordomo pulsaba un botoncito doscientas veces.

Al menos una vez por quincena un cuerpo de encargados de banquetes bajaba con una lona de varios cientos de pies y suficientes luces de colores para convertir el enorme jardín de Gatsby en árbol de Navidad. En las mesas del bufé, adornadas con relucientes entremeses, los jamones horneados con especias se agolpaban junto a ensaladas de diseños multicolores y cautivantes pasteles de cerdo y pavo color oro oscuro. En el salón principal se instalaba un bar con una barra de auténtico bronce, provisto de ginebras y licores y de bebidas olvidadas desde hacía tanto tiempo que la mayoría de sus invitadas eran demasiado jóvenes para distinguir unos de otros.

A las siete en punto llega la orquesta, que no es un pobre quinteto, sino todo un grupo de oboes y trombones y saxofones y violas y

cornetas y flautines, y tambores bajos y altos. Los últimos bañistas ya llegaron de la playa y se están vistiendo en el piso de arriba; los coches de Nueva York están aparcados en quíntuple fila en la entrada, y los vestíbulos, los salones y las galerías ya brillan llenos de colores primarios, y cortes de pelo extraños y de moda, y mantones que superan los sueños de Castilla. El bar está en pleno apogeo, y las rondas de cócteles atraviesan flotando el jardín exterior, hasta que el aire se anima con charlas y risas, e insinuaciones casuales y presentaciones olvidadas en el acto, y encuentros entusiastas entre mujeres que nunca supieron el nombre de la otra.

Las luces se hacen más brillantes a medida que la Tierra se aleja del sol, y ahora la orquesta está tocando estridente música de cóctel y la ópera de voces sube un tono. Minuto a minuto la risa es más fácil, derramada en abundancia, prodigada ante cualquier palabra alegre. Los grupos cambian más rápidamente, crecen con los recién, se disuelven y se forman en el mismo instante; ya hay muchachas seguras de sí mismas, serpenteando por aquí y allá entre los más sólidos y estables, que se convierten por un momento fugaz y alegre en el centro de un grupo y luego, con la emoción del triunfo, se deslizan a través de la marea de rostros y voces y colores bajo la luz que cambia constantemente.

De repente, una de las gitanas, en su vestido de ópalo iridiscente, coge un cóctel al vuelo, lo bebe de un trago para armarse de valor y, moviendo las manos como Frisco, baila sola en la plataforma de lona. Un silencio momentáneo; el director de orquesta varía su ritmo obligatoriamente para ella, y hay un estallido de charla cuando se difunde la noticia errónea de que es la suplente de Gilda Gray de las FOLLIES. La fiesta ha comenzado.

Creo que la primera noche que fui a la casa de Gatsby fui uno de los pocos invitados que realmente había sido invitado. La gente no era invitada, iba. Se subían a automóviles que los llevaban a Long Island, y de alguna manera terminaban en la puerta de Gatsby. Una vez allí, alguien que conocía a Gatsby los presentaba y después se comportaban según las normas de comportamiento propias de los parques de atracciones. A veces llegaban y se iban sin haber conocido a Gatsby, venían a la fiesta con una sencillez de corazón que era su propio billete de entrada.

A mí me habían invitado de verdad. Un chofer con un uniforme azul como los huevos de petirrojo cruzó el césped de mi casa temprano aquel sábado con una nota sorprendentemente formal de su empleador: el honor sería enteramente de Gatsby, decía, si yo asistía a su "pequeña fiesta" esa noche. Me había visto varias veces, y había tenido la intención de visitarme mucho antes, pero una peculiar combinación de circunstancias lo había impedido. Firmado por Jay Gatsby, con majestuosa caligrafía.

Vestido con pantalones de franela blancos, me acerqué a su jardín poco después de las siete, y deambulé bastante incómodo entre remolinos y torbellinos de gente que no conocía, aunque aquí y allá reconocía alguna cara familiar del tren en el que viajaba a diario. Enseguida me impresionó la cantidad de jóvenes ingleses que había por allí; todos bien vestidos, con aspecto un poco hambriento, y todos hablando en voz baja y con seriedad con estadounidenses sólidos y prósperos. Estaba seguro de que vendían algo: bonos o seguros o automóviles. Por lo menos, eran angustiosamente conscientes del dinero fácil que había en los alrededores y estaban convencidos de que sería suyo por unas pocas palabras en el tono correcto.

En cuanto llegué intenté encontrar a mi anfitrión, pero las dos o tres personas a las que pregunté por su paradero me miraron con tal asombro y negaron con tanta vehemencia cualquier conocimiento de sus movimientos, que me escabullí en dirección a la mesa de cócteles, el único lugar del jardín en el que un hombre solo podía permanecer sin parecer solo y sin propósito.

Estaba a punto de emborracharme perdidamente de pura vergüenza cuando Jordan Baker salió de la casa y se paró en lo alto de la escalera de mármol, inclinándose un poco hacia atrás y mirando con despectivo interés hacia el jardín.

Bienvenido o no, me pareció necesario unirme a alguien antes de empezar a dirigir comentarios cordiales a cualquiera que pasara.

"¡Hola!", rugí, avanzando hacia ella. Mi voz sonó anormalmente alta a través del jardín.

"Pensé que podías estar aquí", respondió distraídamente cuando me acerqué. "Me acordé de que vivías al lado de...". Me tomó la mano impersonalmente, como prometiendo que se ocuparía de mí en un

minuto, y prestó oídos a dos chicas con vestidos amarillos idénticos, que se detuvieron al pie de la escalera.

"¡Hola!", gritaron juntas. "Qué pena que no hayas ganado".

Hablaban del torneo de golf. Había perdido en la final la semana anterior.

"No sabes quiénes somos", dijo una de las chicas de amarillo, "pero te conocimos aquí hace un mes".

"Se tiñeron el pelo desde entonces", comentó Jordan, y yo me sobresalté, pero las chicas habían seguido su camino despreocupadamente y el comentario se dirigió a la luna prematura, salida como la cena, sin duda, de la cesta de un proveedor. Con el esbelto brazo dorado de Jordan apoyado en el mío, bajamos los escalones y paseamos por el jardín. Una bandeja de cócteles flotó hacia nosotros a través de la penumbra, y nos sentamos en una mesa con las dos chicas de amarillo y tres hombres, cada uno de los cuales se nos presentó como el Sr. Mmmm.

"¿Vienes a menudo a estas fiestas?", preguntó Jordan a la chica que estaba a su lado.

"La última fue en la que te conocí", respondió la chica, con una voz segura y alerta. Se dirigió a su compañera: "Tú también, ¿no, Lucille?"

Lucille también.

"Me gusta venir", dijo Lucille. "Me da lo mismo hacer cualquier cosa, así que siempre me lo paso bien. La última vez que estuve aquí me rompí el vestido en una silla, y él me preguntó mi nombre y mi dirección; en una semana recibí un paquete de Croirier con un vestido de noche nuevo".

"¿Te quedaste con él?", preguntó Jordan.

"Claro que sí. Iba a ponérmelo esta noche, pero me quedaba demasiado grande en el busto y tuve que arreglarlo. Era de color azul gas con cuentas de color lavanda. Doscientos sesenta y cinco dólares".

"Hay algo curioso en un tipo que hace una cosa así", dijo la otra chica con impaciencia. "No quiere problemas con nadie".

"¿Quién no quiere tener problemas?", pregunté.

"Gatsby". Alguien me dijo..."

Las dos chicas y Jordan se acercaron confidencialmente.

"Alguien me dijo que creía que una vez había matado a un hombre".

Todos nos estremecimos. Los tres señores Mmmm se inclinaron hacia adelante y escucharon con ansiedad.

"No creo que sea tanto ESO", argumentó Lucille con escepticismo; "es más bien que fue un espía alemán durante la guerra".

Uno de los hombres asintió en señal de confirmación.

"Me lo dijo un hombre que sabía todo sobre él, que creció con él en Alemania", aseguró categóricamente.

"Oh, no", dijo la primera chica, "no puede ser eso, porque en la guerra estuvo en el ejército estadounidense". Cuando nuestra credulidad volvió a centrarse en ella, se inclinó hacia adelante con entusiasmo. "Mírenlo a veces cuando cree que nadie lo está mirando. Apuesto a que mató a un hombre".

Entrecerró los ojos y se estremeció. Lucille se estremeció. Todos giramos y miramos a nuestro alrededor buscando a Gatsby. Prueba de la especulación romántica que inspiraba era el hecho de murmuraran sobre él aquellos que encontraban en este mundo poco por lo que murmurar.

La primera cena -habría otra después de medianoche- se estaba sirviendo ahora, y Jordan me invitó a unirme a su propio grupo, que estaba repartido alrededor de una mesa en el otro lado del jardín. Había tres matrimonios y el acompañante de Jordan, un persistente universitario dado a las insinuaciones violentas, y que obviamente tenía la impresión de que tarde o temprano Jordan iba a entregarle su persona en mayor o menor medida. En lugar de desperdigarse, este grupo había conservado una digna homogeneidad, y asumió para sí la función de representar a la seria nobleza del campo: el East Egg condescendiente con el West Egg, y cuidadosamente en guardia contra su espectroscópica alegría.

"Salgamos", susurró Jordan, después de una media hora en cierto modo desaprovechada e inapropiada. "Esto es demasiado educado para mí".

Nos levantamos y explicó que íbamos a buscar al anfitrión: yo nunca lo había conocido, dijo, y eso me inquietaba. El universitario asintió de forma cínica y melancólica.

El bar, donde echamos un vistazo primero, estaba lleno, pero Gatsby no estaba allí. No pudo encontrarlo desde lo alto de la escalera, y no estaba en la galería. Por casualidad, probamos una puerta de aspecto importante y entramos en una biblioteca gótica, de techos altos y paneles de roble inglés tallado, y probablemente transportada completa desde alguna ruina de ultramar.

Un hombre corpulento de mediana edad, con enormes gafas de ojo de búho, estaba sentado algo borracho en el borde de una gran mesa, mirando con concentración inestable los estantes de libros. Cuando entramos, giró con entusiasmo y examinó a Jordan de pies a cabeza.

"¿Qué les parece?", preguntó impetuosamente.

"¿Qué?". Hizo un gesto con la mano hacia los estantes de libros.

"Eso. De hecho, no hace falta que se molesten en comprobarlo. Lo he comprobado. Son reales".

"¿Los libros?".

Asintió con la cabeza.

"Absolutamente reales. Tienen páginas y todo. Pensé que serían un buen cartón resistente. Pero son absolutamente reales. Páginas y... ¡aquí! Déjenme que se los muestre".

Dando por sentado nuestro escepticismo, se precipitó hacia las estanterías y volvió con el volumen uno de las "Conferencias de Stoddard".

"¡Miren!", gritó triunfante. "Es una pieza auténtica de material impreso. Me engañó. Este tipo es un verdadero Belasco. Es un triunfo. ¡Qué minuciosidad! ¡Qué realismo! También sabía cuándo parar: no cortó las páginas. ¿Pero qué quieren? ¿Qué esperan?".

Me arrebató el libro y lo volvió a colocar apresuradamente en su estante, murmurando que si se quitaba un solo ladrillo toda la biblioteca podía derrumbarse.

"¿Quién los trajo?", preguntó. "¿O vinieron por su cuenta? A mí me trajeron. A casi todos los traen".

Jordan lo miraba atenta, alegre, sin responder.

"Me trajo una mujer llamada Roosevelt", continuó. "Sra. Claud Roosevelt. ¿La conocen? La conocí anoche en algún lugar. Llevo una semana borracho y pensé que se me pasaría sentándome en una biblioteca".

"¿Se le pasó?".

"Un poco, creo. Todavía no sé. Sólo he estado aquí una hora. ¿Les hablé de los libros? Son reales. Son..."

"Nos lo dijo". Le estrechamos la mano solemnemente y volvimos a salir.

Ahora se bailaba sobre la pista del jardín; viejos que empujaban a las jóvenes hacia atrás en eternos círculos sin gracia, parejas de clase alta que se abrazaban tortuosamente, a la moda, y se mantenían en las esquinas, y un gran número de muchachas que bailaban solas o aliviaban por un momento a la orquesta de la carga del banjo o de la percusión. A medianoche había aumentado la hilaridad. Un célebre tenor había cantado en italiano, y una notoria contralto había cantado jazz, y entre número y número la gente hacía "acrobacias" por todo el jardín, mientras estallidos de risa alegres y vacuos se elevaban hacia el cielo de verano. Un par de actrices gemelas, que resultaron ser las chicas de amarillo, hicieron un número disfrazadas de bebé, y se sirvió champán en copas más grandes que los cuencos para enjuagarse los dedos. La luna estaba más alta, y flotando en el estrecho había un triángulo de escamas plateadas, temblando un poco al ritmo metálico de los banjos en el jardín.

Yo seguía con Jordan Baker. Estábamos sentados en una mesa con un hombre de más o menos mi edad y una niña revoltosa, que a la menor provocación daba paso a una risa incontrolable. Ahora la estaba pasando bien. Había tomado dos copas enormes de champán

y la escena se había transformado ante mis ojos en algo significativo, elemental y profundo.

En una pausa en el entretenimiento, el hombre me miró y sonrió.

"Su cara me resulta familiar", dijo, muy educado. "¿No estuvo en la Tercera División durante la guerra?"

"Claro, sí. Yo estaba en el Noveno Batallón de Ametralladoras".

"Estuve en el Séptimo de Infantería hasta junio de mil novecientos dieciocho. Sabía que te había visto antes en algún sitio".

Hablamos por un momento de algunos pueblecitos húmedos y grises de Francia. Evidentemente, vivía en esta zona, porque me dijo que acababa de comprar un hidroavión y que iba a probarlo por la mañana.

"¿Quieres ir conmigo, viejo amigo? Sólo cerca de la orilla a lo largo del estrecho".

"¿A qué hora?"

"A la hora que más te convenga".

Tenía en la punta de la lengua preguntar su nombre cuando Jordan miró a su alrededor y sonrió.

"¿Ahora te diviertes?", preguntó.

"Mucho más". Me volví de nuevo hacia mi nuevo conocido. "Esta es una fiesta inusual para mí. Ni siquiera he visto al anfitrión. Vivo allí...", hice un gesto con la mano hacia el seto, invisible en la distancia, "y este hombre, Gatsby, envió a su chofer con una invitación". Por un momento me miró como si no entendiera.

"Yo soy Gatsby", dijo de repente.

"¡Qué!", exclamé. "Oh, te pido perdón".

"Pensé que lo sabías, viejo amigo. Me temo que no soy un buen anfitrión".

Sonrió con comprensión, con mucho más que comprensión. Era una de esas sonrisas raras capaces de tranquilizarnos para toda la eternidad, que puedes encontrarte cuatro o cinco veces en la vida. Se enfrentaba -o parecía enfrentarse- a todo el mundo exterior durante un instante, y luego se concentraba en ti con un irresistible



prejuicio a tu favor. Te comprendía justo en la medida en que querías ser comprendido, creía en ti como te gustaría creer en ti mismo, y te aseguraba que tenía precisamente la impresión de ti que, en tu mejor momento, esperabas transmitir. Precisamente en ese momento se desvaneció, y yo estaba mirando a un matón joven y elegante, de uno o dos años por encima de los treinta, cuya elaborada formalidad al hablar casi rozaba lo absurdo. Un tiempo antes de que se presentara, tuve la fuerte impresión de que elegía sus palabras con cuidado.

Casi en el momento en que el señor Gatsby se identificó, un mayordomo se apresuró hacia él para decirle que tenía una llamada de Chicago. Se disculpó con una pequeña reverencia ante cada uno de nosotros.

"Si quieres algo sólo tienes que pedirlo, viejo amigo", me insistió. "Disculpa. Te veré más tarde".

Cuando se marchó, me dirigí inmediatamente a Jordan para mostrarle mi sorpresa. Esperaba que el Sr. Gatsby fuera un hombre de mediana edad, colorado y corpulento.

"¿Quién es?", pregunté.

"¿Lo sabes?"

"Sólo es un hombre llamado Gatsby".

"¿De dónde es, quiero decir? ¿Y qué hace?"

"Ahora TÚ has empezado con el tema", respondió ella con una sonrisa lánguida. "Bueno, una vez me dijo que había estudiado en Oxford". Un tenue pasado iba tomando forma detrás de él, pero ante su siguiente comentario se desvaneció.

"Pero no lo creo".

"¿Por qué no?". "No sé", insistió ella, "sólo no creo que fuera allí".

Algo en su tono me recordó el "creo que mató a un hombre" de la otra chica y tuvo el efecto de estimular mi curiosidad. Hubiera aceptado sin problemas la información de que Gatsby surgió de los pantanos de Luisiana o del Lower East Side de Nueva York. Eso era comprensible. Pero, al menos eso creía en mi inexperiencia

provinciana, los hombres jóvenes no salían tranquilamente de la nada y compraban un palacio en el estrecho de Long Island.

"De todos modos, da grandes fiestas", dijo Jordan, cambiando de tema con un cortés desagrado por lo concreto. "Y me gustan las fiestas grandes. Son tan íntimas. En las fiestas pequeñas no hay privacidad".

Se oyó el estruendo de un bombo y la voz del director de la orquesta sonó de repente sobre la ecolalia del jardín.

"Señoras y señores", gritó. "A petición del Sr. Gatsby vamos a tocar para ustedes la última obra del Sr. Vladimir Tostoff, que tanto llamó la atención en el Carnegie Hall el pasado mes de mayo. Si leen los periódicos, saben que causó una gran sensación". Sonrió con jovial condescendencia y añadió: "¡Qué sensación!". Y todo el mundo se echó a reír.

"La obra se conoce", concluyó con vehemencia, "como la HISTORIA DEL MUNDO DEL JAZZ de Vladimir Tostoff".

La naturaleza de la composición del Sr. Tostoff se me escapó, porque justo cuando comenzó mis ojos se posaron en Gatsby, de pie, solo en la escalera de mármol y mirando de un grupo a otro con aprobación. Su piel bronceada se dibujaba tersa y atractiva en su rostro y su pelo corto parecía recortado todos los días. No pude ver nada siniestro en él. Me pregunté si el hecho de que no bebiera ayudaba a distinguirse de sus invitados, pues me parecía que se volvía más correcto a medida que la hilaridad fraternal aumentaba. Cuando terminó la HISTORIA DEL MUNDO DEL JAZZ, las chicas ponían sus cabezas sobre los hombros de los hombres de una manera amistosa y cordial, las chicas caían hacia atrás juguetonamente en los brazos de los hombres, incluso en grupos, sabiendo que alguien detendría sus caídas; pero nadie cayó hacia atrás sobre Gatsby, y ninguna melena a la francesa tocó el hombro de Gatsby, y no se formaron cuartetos de canto con que incluyeran a Gatsby.

"Disculpen".

El mayordomo de Gatsby estaba de repente a nuestro lado.

"¿Srta. Baker?", preguntó. "Le ruego que me disculpe, pero el Sr. Gatsby quiere hablar a solas con usted".

"¿Conmigo?", exclamó sorprendida.

"Sí, madame".

Se levantó lentamente, levantando las cejas con asombro, y siguió al mayordomo hacia la casa. Me di cuenta de que llevaba su vestido de noche, todos sus vestidos, como si fuera ropa deportiva; había un garbo en sus movimientos, como si hubiera aprendido a caminar por los campos de golf en las mañanas limpias y frescas.

Estaba solo y eran casi las dos. Desde hacía un rato, unos sonidos confusos e intrigantes salían de una habitación larga con muchas ventanas que daba a la terraza. Eludiendo al universitario de Jordan, que ahora estaba enfrascado en una conversación sobre obstetricia con dos coristas, y que me imploró que me uniera a él, entré.

La gran sala estaba llena de gente. Una de las chicas de amarillo estaba tocando el piano, y a su lado se encontraba una joven alta y pelirroja de un famoso coro, enfrascada en una canción. Había bebido una cantidad de champán, y durante el transcurso de su canción había decidido, con bastante ineptitud, que todo era muy, muy triste; no sólo estaba cantando, también estaba llorando. Cada vez que había una pausa en la canción, la llenaba con sollozos entrecortados y ahogados, y luego retomaba la letra con voz temblorosa de soprano. Las lágrimas corrían por sus mejillas, pero no libremente, ya que cuando entraban en contacto con sus pestañas, muy pintadas, adquirían un color tinta y seguían el resto de su camino en lentos riachuelos negros. Alguien sugirió con humor que cantara las notas de su cara, tras lo cual levantó las manos, se hundió en una silla y se sumió en un profundo sueño del vino.

"Se peleó con un hombre que dice ser su marido", me explicó una chica a mi lado.

Miré a mi alrededor. La mayoría del resto de las mujeres se estaban peleando con hombres que decían ser sus maridos. Incluso el grupo de Jordan, el cuarteto de East Egg, estaba dividido por la disensión. Uno de los hombres hablaba con curiosa intensidad con una joven actriz, y su mujer, después de intentar reírse de la situación de forma digna e indiferente, perdió el control por completo y recurrió a los ataques por los flancos; a intervalos aparecía de repente a su lado como un diamante enfadado, y le siseaba: "¡Lo prometiste!" al oído.

La reticencia a volver a casa no se limitaba a los hombres caprichosos. La sala estaba en ese momento ocupada por dos hombres deplorablemente sobrios y sus esposas muy indignadas. Las esposas se compadecían entre sí con voces ligeramente elevadas.

"Cuando ve que lo paso bien, quiere volver a casa".

"Nunca escuché algo tan egoísta en mi vida".

"Siempre somos los primeros en irnos".

"Nosotros también".

"Bueno, esta noche somos casi los últimos", dijo uno de los hombres tímidamente. "La orquesta se fue hace media hora".

A pesar de que las esposas estaban de acuerdo en que tal malevolencia resultaba inconcebible, la disputa terminó en un breve forcejeo, y ambas esposas fueron levantadas y, pataleando, desaparecieron en la noche.

Mientras esperaba mi sombrero en el vestíbulo, la puerta de la biblioteca se abrió y Jordan Baker y Gatsby salieron juntos. Él le decía alguna palabra final, pero el entusiasmo en sus maneras se convirtió bruscamente en tensa formalidad cuando varias personas se acercaron a él para despedirse.

El grupo de Jordan la llamaba impacientemente desde el porche, pero ella se quedó un momento para estrechar mi mano.

"Acabo de escuchar la cosa más increíble", susurró. "¿Cuánto tiempo estuvimos allí?".

"Como una hora". "Fue simplemente increíble", repitió abstraída. "Pero juré que no lo contaría y aquí estoy tentándote". Bostezó graciosamente en mi cara: "Por favor, ven a verme... Agenda telefónica... Bajo el nombre de la Sra. Sigourney Howard... Mi tía..." Se apresuró a salir mientras hablaba; su mano morena hizo un alegre saludo mientras se fundía con su grupo en la puerta.

Bastante avergonzado de que en mi primera aparición me hubiera quedado hasta tan tarde, me uní a los últimos invitados de Gatsby, que se agrupaban a su alrededor. Quería explicarle que lo había buscado a primera hora de la tarde y disculparme por no haberlo conocido en el jardín.

"Ni te preocupes", me dijo con entusiasmo. "No pienses más e eso, viejo amigo". La expresión familiar no tenía más familiaridad que la mano que pasó tranquilamente por mi hombro. "Y no olvides que mañana por la mañana subimos al hidroavión, a las nueve".

Entonces el mayordomo, por detrás de su hombro: "Filadelfia lo quiere al teléfono, señor".

"Muy bien, en un minuto. Diles que ya voy... buenas noches".

"Buenas noches".

"Buenas noches". Sonrió, y de repente pareció que haber sido de los últimos en irse tenía un significado agradable, como si él lo hubiera deseado todo el tiempo. "Buenas noches, viejo amigo... buenas noches".